



EL ARTE DE CONTAR HISTORIAS

Ahora sí... Las Especialidades

Jorge Eliécer Thuirán N.

Con toda justicia se afirma que la narración de historias es un arte, y como tal, incluye un conjunto de reglas y sugerencias conducentes a una mayor eficacia en la tarea de referir relatos.

Afirmamos que es un arte y no una ciencia, pues ésta, en el sentido exacto del término, es la “determinación metódica de las relaciones necesarias entre los objetos”. De aquí su rigidez inexorable: dos y dos han sido, son y serán cuatro en cualquier latitud o rincón del globo. En cambio las reglas o normas de un arte son clásicas y permiten una adaptación a las circunstancias y al temperamento de quien las emplee. Por ende, al tratarse de la narración de historias, hay que recordar que en su técnica no entra la inflexible exactitud de las matemáticas, por ejemplo, y hemos de ser en primer término, garantes y profundamente humanos, empleando un alto porcentaje de adaptabilidad a las circunstancias y al medio.

LA UTILIDAD DE ESTE ARTE

Anida en lo más íntimo del corazón del hombre un interés innegable hacia sus semejantes, sus hechos y proceder. Como consecuencia, el relato de las acciones de un porcentaje despierta en nosotros el deseo de escuchar su desarrollo. ¿Qué hizo entonces? ¿Cómo salió de esa situación comprometida? ¿En qué terminó todo? No es necesario que se trate de Julio César, Napoleón Bonaparte o del general San Martín; nuestra imaginación a manera de una cinta cinematográfica va reproduciendo los hechos que llegan hasta nuestros oídos en las alas de la voz del narrador.

Especialmente los niños se sienten arrobados al escuchar un relato, y si somos hábiles, podremos mantener su completa atención mientras les contamos una historia.

A lo menos son tres las virtudes inherentes a un relato bien referido:

1. DELEITA. Ya en la antigüedad, Heródoto, reconocido como el padre de la historia narraba en público las hazañas de los griegos en sus luchas contra los medo-persas, embelesando a sus oyentes. Eso mismo sucede en nuestros días: grandes y pequeños escuchan con gusto una narración bien referida.

2. ENSEÑA VERDADES. La mente humana, como los demás órganos del cuerpo (si es que puede llamarse órgano' a la mente), requiere un desarrollo adecuado para su pleno funcionamiento. No todos son capaces de discernir entre la verdad y el error si se les presentan sus principios escuetos. ¡Cuan difícil es que un niño llegue hasta el meollo de una verdad, si se la expone fría y secamente! De aquí que haya que envolverla en el ropaje atrayente de un animado, vivo e interesante relato para que pueda penetrar clara y nítida en cualquier mente normal, por poco desarrollada que sea.

Y aun en el caso de una mentalidad ejercitada y vigorosa, recibirá con más facilidad y placer la enseñanza que deseamos impartirle, si la revestimos del manto encantador de una narración adecuada.

3. **INSPIRA A LA IMITACIÓN.** Encontramos en nuestra naturaleza la disposición a imitar. Muchas veces leemos en las crónicas policiales de los diarios los grandes títulos que hacen resaltar algún horrendo crimen cometido por un menor, en su deseo de imitar a cierto Fulano de Tal que se convirtió en héroe de sus sueños de niño o de adolescente.

Para impedir la formación de torcidos ídolos y perversos ideales debemos procurar que nuestros relatos sean altamente inspiradores y graben en nuestros oyentes el deseo de imitar la vida y las nobles acciones de Jesús, Moisés, David, Pablo y toda la pléyade de íntegros personajes bíblicos, así como de aquellos hombres dignos de imitación que vivieron en siglos posteriores.

En vista de estas ventajas, y otras que se podrían encontrar es necesario que aprendamos debidamente la técnica correcta que debe regirnos. Pero, recordemos siempre que tratamos con un arte y no con una ciencia inmutable.

PARTES DE UNA HISTORIA

Una historia bien preparada debe constar de las siguientes partes: El principio, la sucesión de acontecimientos, el pináculo y el fin. Trataremos estas etapas por separado:

EL PRINCIPIO:

Si es posible, debe indicar movimiento o debe constar de una frase pronunciada por uno de los personajes. Comienzos como los que mencionaremos a continuación dan vida al relato y despiertan el interés:

El barco se puso en movimiento, y Rafael sintió el pesar de la partida'. "Indudablemente, tienes razón. -Felipe,- asintió la madre".

Es preferible no empezar por el mismo principio de los acontecimientos, en el orden del tiempo. En vez de decir: Teodoro Laínez era un niño inválido, sería mejor en esta forma: "Siento mucho decirle, señora, pero la medicina es impotente para devolver el movimiento de las piernas de su hijo?. Habían pasado ya cuatro años desde que con estas palabras el viejo médico de la familia condenara a Teodoro a una invalidez penosa".

Podría multiplicarse esta clase de ejemplos hasta lo infinito, pero con éstos basta para aclarar el punto.

Siempre que se pueda, deben incluirse en la primera frase el nombre del personaje central, el lugar donde estaba el tiempo y cuando sucedía la acción que se relata.

LA SUCESIÓN DE ACONTECIMIENTOS:

Debe ser un continuo avance hacia la meta constituida por el pináculo. No debe incurrirse en "regresos", generalmente ocasionados por alguna explicación tardía para aclarar algún detalle olvidado.

Es imperdonable tener que recurrir a frases como ésta: "¡Ah! Perro antes de seguir adelante, debo decir que Julia tenía una hermanita muy curiosa..." La hermanita debería

haber sido presentada en su debida oportunidad ¿a fin de que entrara en escena en el momento adecuado

Es preferible el empleo de frases cortas y precisas. Las oraciones largas, a menos que se tenga mucha práctica, pueden enredar al narrador, hacerle perder el hilo de su relato y ocasionarle momentos de penosa confusión.

El tono de la voz debe acompañar las palabras mientras se narran los sucesos. Aunque esto representaría todo un capítulo aparte, conviene apuntar de paso, la necesidad de cultivar adecuadamente la voz, a fin de emplearla con las modulaciones debidas y su entonación correcta.

Hablen los personajes del relato. Los diálogos infunden vida, y ésta es la esencia de todos los requisitos teóricos.

EL PINÁCULO:

Como su nombre lo indica es el punto culminante. Por lo tanto, debe tenerse especial cuidado de él, ya que ha de encerrar el por qué de todo relato. Ganará en calidad mientras más breve sea, aunque esta brevedad no debe significar el sacrificio de algo que se debe decir, sino más bien una condensación de lo que se tiene que expresar.

EL FIN:

Debe ser más breve. De lo contrario, se diluirá el efecto de la historia. Una frase adecuada, o a lo sumo, algunas frases, y se terminará. Muchas veces, el pináculo es al mismo tiempo el fin.

SIETE REQUISITOS ESENCIALES

El pastor A. N. Spalding, en su libro "Christian Story-Telling and Stories", menciona siete requisitos indispensables en la narración de historias:

1. Elegir la historia.
2. Conocerla
3. Sentirla.
4. Analizarla y bosquejarla.
5. Modificarla de acuerdo con las necesidades.
6. Presentarla en forma sencilla, directa y expresiva.
7. Tener un propósito en vista.

1. LA ELECCIÓN DE LA HISTORIA:

Debe estar de acuerdo con la edad de los oyentes en perspectiva y la ocasión en que se haya de presentar. Debe elegirse de acuerdo con el propósito de la enseñanza que se desea impartir.

Hay una multitud de historias y relatos hoy día: unos pocos excelentes, la mayoría perniciosos. De aquí que debe ejercerse el mayor cuidado en la elección. Los relatos de fábulas, mitos y leyendas son de un valor dudoso, y con frecuencia producen más daño que el provecho que se obtiene de su presentación. Las alegorías no entran en esta clase. Al referirlas podemos tomarnos la libertad de hacer hablar a las flores, los animales o las fuerzas de la naturaleza, pero siempre deben encerrar una lección provechosa y no se corre el riesgo de que inculquen en la mente infantil la noción de lo fantástico y mitológico, que es fuente de muchos daños.

Ténganse en cuenta los tres fines que hemos mencionado acerca del arte de contar historias, y en la medida de lo posibles escójase de acuerdo con lo que podríamos llamar la regla de las tres "íes": Sean interesantes, instructivas e inspiradoras.

¿De dónde escogerlas? Si bien es cierto que es algo escaso el material adecuado de que se dispone en castellano hay fuentes de indudable valor. La Biblia en primer lugar, es una riquísima mina de relatos excelentes.

El segundo lugar lo ocupan nuestras revistas y libros juveniles. Y en última instancia, podemos entresacar algunas buenas historias de otras publicaciones.

2. EL CONOCIMIENTO DE LA HISTORIA:

Implica que hemos de leerla cuidadosamente y releerla varias veces. También debemos obligar nuestra memoria a que la retenga en líneas generales (la memoria es una facultad dócil: retiene lo que se le ordena que guarde, pero es completamente ineficaz si se desconfía de ella). Una vez aprendida debemos practicarla en alta voz. Este último quizá podría constituir un requisito por separado. Es de gran importancia pues proporciona una fluidez y naturalidad que difícilmente se pueden alcanzar de otra manera.

Si tienes la suerte de contar con un amigo o pariente, de buen juicio, bien provisto de paciencia y que esté dispuesto a escuchar nuestras prácticas, tanto mejor. Las críticas que entonces recibamos son de positivo valor, ya que con ellas iremos limando errores que afean la narración.

Este requisito implica no sólo el conocimiento de los puntos resaltantes, sino también de algunos detalles y expresiones felices, que añaden mucho a la belleza del relato y que conviene recordar.

3. SENTIR LA HISTORIA:

No sólo repetir las palabras, sino también ver la escena en nuestra mente y sentirla en nuestro ser: vivir el relato.

Hemos de emplear la imaginación. Al narrar un acontecimiento histórico, no se ha de usar de esa facultad para inventar hechos, sino para darles vida. Si se trata de un relato

antiguo, debe hacerse lo posible por sentir la época en que se desarrolló. Si se refiere a un país lejano debe reconstruirse su ambiente, hasta donde sea posible.

Este requisito de la narración de historias recibe a veces el nombre de sentido dramático. El don que crea el drama está presente, en mayor o menor grado, en casi cada persona y su cultivo correcto y dirección adecuada constituyen una parte resultante de la preparación del narrador de historias. Y no sólo de éste, sino también del maestro y del predicador.

4. ANALIZAR Y BOSQUEJAR LA HISTORIA:

En este caso, el verbo analizar implica dividir la historia en partes o episodios y ver su ilación lógica. Cuando aprendemos bien un relato, realizamos inconscientemente ese análisis. Ahora bien, si efectuamos esto con premeditación y orden, adquiriremos un dominio completo de la narración y una soltura y naturalidad al referirla, que son difíciles de obtener si no se recurre a este medio.

El bosquejo es el análisis escrito. Es muy difícil que la inteligencia ordene con claridad y precisión las diferentes partes de todo un relato, de un modo especial si es largo. En cambio, una vez que tengamos ante nuestra vista los diversos acápites y sus partes secundarias, la memoria retendrá fácilmente el bosquejo. Es obvio que, al llenar este requisito, tengamos muy en cuenta las cuatro partes esenciales en que debe dividirse una historia. La modificación de un relato, de acuerdo con las necesidades particulares de una situación determinada debe referirse a los siguientes puntos: cambio de estilo, selección del material adecuado, abreviación y amplificación.

El estilo implica las palabras que se han de usar, así como la forma de las frases y oraciones que se emplearán. El vocabulario debe estar a la altura del entendimiento de los oyentes. Si se trata de niños para los cuales generalmente son los relatos, el narrador debe tener un conocimiento práctico de ellos, y sobre todo, debe estar acostumbrado a hablarles. Aunque cueste trabajo al principio y sea quizá penoso, hay que tratar de pensar como piensan los pequeños. En esta forma se usarán espontánea y naturalmente frases sencillas, cortas y directas.

Muchas veces hallamos preciosos e interesantes relatos que, por desgracia, encierran uno o varios detalles inconvenientes. En ocasiones se trata de algo que no está de acuerdo con las normas cristianas, o que no podría ser entendido por nuestro auditorio. Elimínense tales partes, y adáptense así el fondo y forma de la narración.

5. MODIFICARLA DE ACUERDO CON LAS NECESIDADES:

Si dispusiéramos de mucho tiempo y nuestros oyentes tuvieran un gran interés, quizá nunca sería demasiado extenso el material de un relato. Pero, en la práctica, esto es una utopía. De aquí que sea indispensable condensar. Por otro lado, una historia no es sino un resumen verbal o escrito de sucesos acaecidos en el tiempo. Como no es posible que se emplee un lapso igual al que se necesitó para que transcurrieran, hay que abreviar. Este mismo criterio debe guiarnos cuando nos veamos ante una narración extensa. Usemos de juicio para poder aquí y allí, dar detalles quizá superfluos, y resumamos los

acontecimientos. Sin embargo, buen cuidado debe tenerse de no eliminar nada indispensable. Hay veces cuando, por el contrario, es necesario ampliar un relato. En la Biblia, por ejemplo, hay muchas narraciones breves, verdaderos casos de concisión, que pueden y deben ser ampliadas. Por supuesto, se requieren tino y prudencia para llevar a cabo esta obra.

6. LA PRESENTACIÓN DE LA HISTORIA:

En el requisito precedente, al tratar del estilo ya insinuamos que debe estar de acuerdo con la capacidad intelectual del auditorio. Insistiremos, sin embargo, en la necesidad imperiosa de que el relato sea sencillo. No sólo en la manera en que nos expresemos, sino también en la trama o hilo de la narración. Los planos demasiado complicados encierran el peligro de dificultar el claro y pronto entendimiento.

El relato debe ser directo. Vayamos rectamente al grano. No se necesita vagar por las ramas, mencionando detalles. Éstos si son demasiados, atiborran la mente y hacen perder el hilo principal y aun el propósito de la historia.

La narración ha de ser expresiva. Si seguimos fielmente el tercer requisito, es decir, si sentimos íntimamente nuestro relato, usaremos naturalmente nuestra voz mímica de acuerdo con el desarrollo y las necesidades del mismo.

Aunque esto sea espontáneo, es conveniente estudiar la forma de mejorar nuestra expresión. El tono en que hablamos, las inflexiones de nuestra voz, nuestros ademanes y aun los gestos de nuestra cara, en la medida de lo posible, deben estar regidos por un buen juicio. Los ensayos no están de más. Claro está que no se ha de llegar a extremos declamatorios. Un dramatismo exagerado es un feo y chocante error. La falta absoluta de él constituye la equivocación opuesta.

7. EL PROPÓSITO DE LA HISTORIA:

Debe estar íntimamente relacionado con el pináculo. Sin el uno, no puede existir el otro.

¿Qué deseamos enseñar con una narración? Deseamos enseñar nobles cualidades de carácter. Queremos inculcar en nuestros oyentes, y de un modo especial en los niños, motivos inspiradores para una vida elevada. Tenemos el propósito de que admiren a los héroes que hacemos desfilar ante ellos. Y también procuramos que disfruten de un sano esparcimiento.

El propósito que tenemos al contar una historia en gran manera influye en la forma que damos al relato. Muchas narraciones contienen más de una lección, y la que hace resaltar el narrador es la que produce más inspiración. De aquí que debemos indagar cuál es el fin que persigue la historia para que sea presentada con claridad y con el énfasis debido.

Téngase en cuenta que los relatos, al paso que deleitan a grandes y chicos, son los medios más eficaces para la enseñanza en los primeros años de la vida.

Es, por lo tanto, indispensable conocer las reglas esenciales para cumplir con éxito la noble misión de educar e instruir en esa forma a los pequeños. Recuérdese que sus

tiernas mentes son arcilla plástica y al mismo tiempo, resistente roca, ya que retienen con tenacidad lo aprendido.

Guíen pues, las más puras intenciones y el juicio más recto a los que, movidos por su deseo de ser útiles al Maestro y a sus semejantes, especialmente a los corderitos del rebaño, emprenden la tarea de aprender el precioso arte de CONTAR HISTORIAS.

FUENTES PRINCIPALES DE UNA HISTORIA

A. Libros de Dios

- La Santa Biblia
- La naturaleza

B. Experiencias personales

- De uno mismo
- De otros individuos

C. Libros y revistas

- Libros adventistas
- Otros libros morales

NO ES UNA CIENCIA, ES UN ARTE

A. Las ciencias están sujetas a reglas fijas e inalterables, como por ejemplo, en aritmética se sabe que 5×8 es 40 y ese principio siempre es fijo.

B. La historia no tiene reglas fijas.

- A un grupo de niños se les habla en lenguaje sencillo y se les describen imágenes que los niños conozcan.
- Para un grupo de científicos hay que usar un lenguaje más refinado.

La narración de historias es un arte de adaptación a las circunstancias y al medio.

UTILIDAD DE ESTE ARTE

A. Deleita. Nos interesamos en saber los incidentes de los demás.

B. Enseña verdades.

- Siendo que hay verdades en cada historia necesitamos tener inteligencia para grabar esas verdades.
- Estar convencidos nosotros mismos de esas verdades.

C. Inspira a la imitación

- Los periódicos están llenos de relatos de criminales y esto es lo que hace que muchos de los que los leen, sean criminales también.

Los libros buenos nos traen los ejemplos de grandes hombres, y la Biblia también; los jóvenes que se compenetran con esas historias también tienden a imitarlas. Este es nuestro objeto supremo al narrar una historia: que deje una lección y que nos sintamos inspirados a imitar todo lo positivo de una buena historia.

PARTES DE UNA HISTORIA

A. Principio

- Al principio de una historia no necesitamos decir que vamos a contar una historia, o a decir que la historia es de tal o cual personaje.

B. Arte de Narrar Historias

- Hay que empezar sin ir a decir cuál es todo el contenido de la historia, En una historia esto es negativo. El público se irá dando cuenta del contenido a medida que Ud, la vaya relatando en forma progresiva.
- Hay que poner a hablar a los personajes de la historia. Es decir Ud. debe de hablar por ellos.

C. Ascendencia, o sucesión de acontecimientos de la historia.

- Nunca se debe retroceder en una historia, como por ejemplo: Ah , pero se me olvidaba decirles tal cosa .
- Es bueno usar la repetición de la siguiente manera: Pedro, después que salía de la escuela se iba para la calle: su padre lo necesitó en aquel momento, ¿y dónde creen Uds. que estaba Pedrito? Pues en la calle. Esta es la clase de repetición que se admite en una historia y es muy favorable.

D. Climax final o pináculo

- Dejar para contar lo más importante a lo último.
- Por supuesto, una historia puede tener varios climax, y esto es muy esencial para que el público no se duerma, pues si así sucede es porque su historia no tiene ningún interés, o porque el estilo con que se la relata es flojo. Si alguno de sus oyentes se distrae Ud. debe inventar cualquier ademán que lo vuelva a poner atento. Puede ser una modulación de la voz o un golpecito en el púlpito.

E. Dejar que la historia enseñe su propia lección.

REQUISITOS ESENCIALES EN LA BUENA NARRACIÓN DE UNA HISTORIA

A. Elegir la historia

- Estar de acuerdo con las edades de los oyentes.
- Pues el público se compone a veces de niños, a veces de adultos.
- La ocasión en que vamos a narrar la historia, es decir, de acuerdo con el programa: si es un programa de madres, debemos narrar una historia referente a una madre.
- Tres puntos importantes al elegir una historia:
 - o Una historia interesante
 - o Una historia instructiva
 - o Una historia inspiradora

B. Conocerla

- Ponerle sentido.
- Conocer bien los personajes e imaginamos las circunstancias de ellos en cada episodio de la historia
- No es suficiente con tenerla de memoria en forma maquinal.
- Uno no debe aprenderse las palabras como loro sino aprender los pensamientos en forma ilativa.

C. Verla en nuestra imaginación

- Meditar en cada detalle de los sucesos de la historia.
- Imaginarnos en forma real los episodios, para poder usar la naturalidad.

D. Adaptarla y bosquejarla.

- Ampliarla o reducirla de acuerdo con la contextura de la historia y de las circunstancias.
- Se puede acortar sin que ella pierda por eso su sentido.
- Se puede ampliar cuando la historia es muy resumida. Dice alguien que cuando la historia está en blanco y negro, es decir, en un cuadro de términos generales, el narrador tiene que ser como el pintor, o sea, tiene que dibujarle a la historia detalles que para muchos pasan inadvertidos, y que sin embargo, son propios de la historia, en esto considero saber ampliar y adornar una historia; que sin este arte podría ser muy insípida al relatarla.

Por ejemplo: los diez leprosos que fueron al encuentro de Jesús, y que luego él les mandó que se mostrasen a los sacerdotes. Luc. 17.

Esta historia según su relato es muy breve, y es así debido a que está narrada en términos generales, pero entre estos términos generales hay una infinidad de detalles que permanecen escondidos entre estas líneas generales, y toca entonces al narrador poner de relieve y revelar esos detalles que constituyen algo novedoso para nuestros oyentes.

Así, al hablar de los 10 leprosos, tenemos que Imaginamos los esfuerzos que ellos antes habían hecho para ser sanos y la Inutilidad de todos sus Intentos - luego la emoción que sintieron al ver a Jesús de quien ellos habían oído decir tantas maravillas, la carrera acelerada que dieron para ir a su encuentro, etc.

- Adaptarla según las personas y bosquejarla en forma ordenada para repasarla en la casa antes de narrarla en público.

E. Sentirla

- Que hayamos sacado algún beneficio para nosotros.
- Que haya llenado algún vacío de nuestra vida Intelectual y moral.
- Sentirla en nuestro ser.
- Imaginar y hacer lo posible por sentir la época en que se desarrolló.

F. Relatarla

- Que el relato sea sencillo.
- Que sea directo, es decir, al grano, sin rodeos.
- Que la hagamos expresiva con el rostro.

G. Vivirla

- Hacer los movimientos necesarios.
- Darle vida al relato.
- Darle un sentido dramático.
- No hay que tener miedo de darle expresión con los ademanes, pero tampoco exagerar los movimientos. En este asunto muchos caen en uno de los dos extremos.

H. Tener un climax

- Que tenga su punto cumbre al final
- Abonar el terreno para hacer exaltar el clímax.
- Dejar que la historia enseñe su propia lección.